

La batalla por Pakistán

TXENTE REKONDO :: 28/12/2007

La muerte de Benazir Bhutto en atentado ha sacudido buena parte de los cimientos políticos de aquél país asiático, pero más allá de la tragedia que supone para su familia personal y política e incluso para el futuro de Pakistán, su violento final parecía seguir el título de ¿crónica de una muerte anunciada?. Los intereses de Washington y los deseos de la propia Bhutto forjaron un escenario virtual.

Y ese guión se ha topado de bruces con la cruda realidad de ese complejo y turbulento estado y ha saltado hecho pedazos tras el atentado contra la famosa política paquistaní. Como si de una tragedia griega se tratase, la familia Bhutto ha estado marcada por la muerte violenta de sus miembros, el padre de Benazir y dos de sus hermanos también murieron de forma violenta, y por los escándalos de corrupción, su propio marido en las calles de Pakistán es conocido como “el señor 10%”

Pakistán es un país al borde del precipicio, una delicada situación si se tiene en cuenta la capacidad desestabilizadora para esa región del continente asiático que supondría una radicalización de la sociedad paquistaní, sin olvidar tampoco la capacidad nuclear que posee Islamabad. Los enfrentamientos y la violencia se suceden por todas las provincias y el nivel de éstos aumenta cada día.

Un breve vistazo nos permite observar cómo hasta hace poco el movimiento taliban paquistaní se había hecho con el control de los distritos de Swat y Shangla en la Provincia Fronteriza del Noreste, recientemente recuperadas por el ejército tras duras batallas y con importantes pérdidas de vidas en ambos bandos. Además esta intervención del ejército ha provocado también un alto número de muertes civiles lo que a su vez trae consigo un mayor rechazo a las fuerzas de Islamabad en la zona y a una mayor radicalización de sus habitantes.

La violencia sectaria también es periódica, tanto entre diferentes tribus como entre miembros de las comunidades chiítas y sunitas del país. Otras zonas, como Baluchistán, asisten al resurgir del movimiento armado que busca la formación de un estado propio y rechaza la autoridad del gobierno central, al que acusa de expoliar las riquezas de ese pueblo y de marginar a sus ciudadanos.

También estamos asistiendo a un notable incremento de los ataques suicidas contra militares, altos cargos del gobierno y líderes políticos, el propio Musharraf ha sido objeto de más de un ataque. Y todo ello se ve aderezado por la presencia de una oposición dividida y desestructurada que busca acariciar alguno de los resortes del poder aunque eso signifique llevar a cabo alianzas contra natura. Las diferentes posturas en torno a la participación en las próximas elecciones del ocho de enero o el boicot a las mismas siguen dividiendo a aquella aún más.

El presidente Musharraf , como la figura del “general en su laberinto” parece de momento

sentirse seguro, al menos en el estricto sentido político, ya que como hemos visto en cualquier momento se puede suceder otro ataque contra su vida. Y para llegar a esa situación es clave el apoyo que recibe de Washington, lo que la calle del país percibe con humor al llamarle “Busharraf”, y de los militares paquistaníes, lo que le permite mantenerse firme en su puesto al frente del país.

La desaparición física de la escena política de Bhutto va a dar lugar a un sin fin de especulaciones e interpretaciones como lo hará sin duda el atentado realizado en Rawalpindi. Es cierto que el anterior ataque contra Bhutto al llegar al país tras años de exilio dio muestras de ser una acción planeada y resalida con mucha meticulosidad, lo que hace pensar que no muy lejos de ella podíamos encontrar a algún miembro del todopoderoso servicio secreto, el ISI. Y esos datos pasaron curiosamente desapercibidos en la mayoría de análisis occidentales. En esta ocasión será difícil encontrar el autor intelectual del atentado, ya que éste puede obedecer a un amplio abanico de intereses que se benefician con la desaparición de Bhutto, además tampoco podemos olvidar del alto número de enemigos que tenía la política paquistaní.

Una de las claves para entender ese complejo puzzle en el que se ha convertido en Pakistán actual es el papel que desempeñan las fuerzas armadas desde la fundación del país. En estos momentos, los militares paquistaníes son una importante empresa financiera que ha ido creando redes y fuentes financieras para poder desarrollar su maquinaria militar, incluido el costoso programa nuclear, y controlar al mismo tiempo política y económicamente Pakistán.

Los generales paquistaníes no están interesados en la defensa o articulación de un modelo democrático, porque son conscientes que ello podría significar el final de sus privilegios y de su acomodada y poderosa situación, y en esto coinciden también con el otro protagonista clave, el gobierno de Estados Unidos.

Las actuaciones de Washinton en Pakistán, como en otras partes del mundo, han estado disfrazadas por el discurso de “promover la democracia en todos los rincones del planeta”, pero al igual que en el pasado con Pinochet, Marcos [Filipinas] y otros muchos dictadores, o incluso con el general Zia y el propio Musharraf en Pakistán, lo que en realidad busca la actuación de la política exterior estadounidense es la defensa a ultranza de sus propios intereses económicos, políticos o militares en todo el mundo. De ahí que defender la democracia con dictadores como los mencionados sonaría a risa de no ser por el tremendo sufrimiento que han generado en los pueblos a los que dice “querer ayudar”.

Un repaso a la prensa paquistaní escrita en urdu nos permite descubrir el sentir de la población local, tremendamente enojados con la actitud de su gobierno ante las pretensiones de los dirigentes de la Casa Blanca. Un ejemplo lo encontramos en la reciente visita a Pakistán del Subsecretario de Estado norteamericano Jhon Negroponte, que la presentan como “parte de los mismos esfuerzos para proteger sus propios intereses”. Y más adelante, entre líneas, se puede leer que “la agenda real de la visita no es acabar con el estado de emergencia y establecer una democracia verdadera en Pakistán, sino lograr asegurar la protección de los intereses de Estados Unidos en el futuro escenario político del país”.

Los frutos de esta actuación la estamos viendo en los últimos días con mayor claridad que en el pasado. La presión de Washington ha traído consigo un importante aumento del sentimiento antiamericano por todo Pakistán, además de haber contribuido a un auge de un islamismo de corte nacionalista. Este punto es importante además si tenemos en cuenta que la realidad islamista del país dista mucho de los discursos alarmistas e interesados que se vierten desde Estados Unidos, sobre todo desde sectores neoconservadores.

Los partidos religiosos no son una fuerza homogénea, a las divisiones tradicionales en torno a chiítas y sunitas hay que sumar las diferentes tendencias entre los grupos con base en las zonas rurales o movimientos más urbanos. Además, hasta hace poco la tendencia taliban paquistaní representaba un movimiento marginal y poco numeroso. Un dato bastante esclarecedor es el apoyo que recibe la mayor alianza islamista del país, el Muttahida Majlis-e-Amal (MMA) que en las elecciones del 2002 logró algo más del doce por ciento del voto (si bien es cierto que en algunas zonas fue la fuerza más votada).

El proceso de islamización de Pakistán ha estado estrechamente unido al apoyo estadounidense a determinados dirigentes del país. Así, el régimen militar del general Zia recibió el apoyo y respaldo de la administración republicana de Reagan, ya que lo consideraron pieza clave para expulsar a las fuerzas soviéticas de Afganistán. La promoción de madrassas y la radicalización ideológica de las fuerzas islamistas contó con el beneplácito de Islamabad y Washington y con el apoyo económico de Arabia Saudita. Y ahora bajo el mandato de Musharraf, también con apoyo norteamericano, estamos asistiendo a al avance ideológico y material de las fuerzas del islamismo militante, unido al aumento de los ataques suicidas y a la implantación de la sharia en algunas zonas.

Las recientes maniobras desde EEUU han traído consigo que los canales de comunicación entre los militantes talibanes paquistaníes y el ejército se hayan roto y que la situación se esté acercando peligrosamente a un punto sin retorno.

En Pakistán estamos asistiendo a una lucha sin cuartel. Por un lado están las fuerzas armadas y sus apoyos políticos y económicos tanto locales como extranjeros, y por otro lado encontramos a los militantes islamistas, partidos minoritarios, parte de la sociedad civil, e incluso al Qaeda. Y mantienen una pelea de todos contra todos. Y sin olvidar a EEUU, uno de cuyos políticos ha señalado que “la seguridad del arsenal nuclear paquistaní es el principal interés estratégico de Washington”. Y para ello no dudan en apoyar a los militares locales para que mantengan “controlado el centro del país” (Islamabad y Punjab).

La sociedad paquistaní afronta divisiones étnicas, políticas, sectarias y culturales, y ahora a éstas hay que añadir un movimiento islamista radicalizado en auge. Probablemente todavía no hemos asistido a la conclusión de esta lucha por Pakistán, pero podemos adelantar que probablemente no asistamos a un final feliz.

Gabinete Vasco de Análisis Internacional (GAIN)

https://www.lahaine.org/mundo.php/la_batalla_por_pakistan